

## EN LOS SETENTA FEBREROS DE DON ISAAC BEHAR

Para un brindis de alegría  
con su tribu y en su hogar,  
ingeniero Isaac Behar,  
acepte la estrofa mía.  
Siendo en febrero su día,  
para un festejo especial,  
como fondo musical  
se oyen cientos -tal vez miles-  
de jóvenes tamboriles  
en un nuevo carnaval.

Desde cero, desde abajo  
sé que armó una torre inmensa;  
y hoy, la justa recompensa  
tiene voces de badajo.  
Su familia y su trabajo  
son su máspreciado bien;  
y la poesía también  
figurará en su fortuna.  
Por algo nació en la cuna  
de don Nicolás Guillén.

Lejos quedó el Camagüey,  
que dejó siendo muy chico;  
lejos el Jatibonico

y el Máximo y el Jigüey;  
lejos también el Caney;  
lejos el Caunao, muy lejos.  
Pero los recuerdos viejos  
enraízan en otro lado,  
como un faro transplantado  
para crecer en reflejos.

El niño camagüeyano  
pronto se uruguayizó  
y el sol de Tacuarembó  
no doró su piel en vano.  
Perfumó su tierna mano  
con mieles de otros racimos.  
La casa en la cual vivimos  
no hay tiempo que la destruya.  
Y él allí tuvo la suya  
compartida con seis primos.

Y el cubano chiquilín,  
en su querencia uruguaya  
fue pensando su atalaya  
su cumbre, su trampolín.  
De nuevo emigró y, al fin,  
de acuerdo a lo que sé y creo,  
cual base para el deseo  
de proyectarse muy alto,

su pie conoció el asfalto  
firme de Montevideo.

Me habló de genealogías  
y del rigor de una España  
que arrojó desde su entraña  
viejas familias judías.

Pueblo de manos vacías,  
mustio jardín sin aroma.  
Fue brújula una paloma,  
de su resignado gesto  
para partir con lo puesto  
y entre lo puesto, el idioma.

Y en otras patrias distantes  
anhelaron sus reposos  
colonias de numerosos  
judíos hispanohablantes.  
Raza entre un "después" y un "antes",  
raza de indeleble aureola,  
que desheredada y sola  
resurgió desde la nada  
con una ilusión prestada  
y una nostalgia española.

Cual brisa del más allá,  
que doradas mieses peina,

vuelve siempre Abuela Reina,  
la estrella, la Gran Mamá.  
Bendito pan de maná,  
como aquel pan del Señor.  
Siempre con igual amor  
llega desde su Anatolia  
y es una caricia eolia  
sobre la piel interior.

Gran Mamá. Yo la imagino  
llegando a tierra cubana  
y oyendo la lengua hispana  
cual otro maná divino.  
Tal idioma supo a vino  
de una conocida uva.  
Tibio nido en el que incuba,  
mientras canta, un duende mirlo.  
Y ella suspiró al oírlo:  
-¡Cuántos judíos en Cuba!.

Don Isaac, hombre cabal,  
hoy comparte la sonrisa  
con su esposa, doña Lisa,  
laboriosa intelectual.  
Lisa es un nombre ideal  
que define sus finezas;  
habla de delicadezas,

de tersuras, de igualdades,  
de brillos, de suavidades  
y de ausencia de asperezas.

Prolongan su dinastía  
con hijos, nueras y nietos  
y ven sus cofres repletos  
con tesoros de alegría.

Transcurrió el tiempo y, hoy día,  
para luz de los Behar,  
son dos más cinco el hogar  
que forman Laura y Daniel,  
mientras Cristina y Gabriel  
también son dos más un par.

Ionit, cuya traducción  
nos da el nombre "Palomita",  
siendo estudiosa y bonita  
tiene un don... o más de un don.

Figura la natación  
entre sus claros afanes;  
y le atraen como imanes,  
entre sus tiernos caprichos,  
las frases hechas, los dichos,  
los proverbios y refranes.

Ariel -juicio y energía-  
juega al tenis y, a su vez,  
Eli prefiere ajedrez,  
Historia, Biblia y Poesía.  
Pero David todavía  
sigue sin decirnos nada;  
Dafi también, reservada  
calla, pero yo insinúo  
que ya gritarán a dúo  
qué actividad les agrada.

Para Iael siempre son  
gran motivo de alegría  
la cinematografía,  
la danza y la equitación.  
En cuanto al joven Iarón,  
si no es vate, se aproxima.  
Pronto alcanzará la cima  
porque, según los abuelos,  
ya está en sus primeros vuelos  
hacia el mundo de la rima.

Bien, don Isaac: mis rimeros  
ya son un "mapa de Chile";  
pero ahora, en mi desfile  
cesan los tamborileros.  
Cumplir setenta febreros

es prender setenta focos;  
aunque con cálculos locos  
de irracionales convenios,  
diciendo "siete decenios"  
parece que fueran pocos.

Reconociendo el honor  
de haber estado en su casa,  
ya parto (es viento que pasa  
la canción del payador).  
Por eso, alzando el licor  
del brindis y de la sed,  
agradezco la merced  
feliz de poder gritar:  
"¡Feliz paz, feliz hogar,  
y, en suma, feliz usted!"

**Abel Soria**